

DRESDE, 23 de Agosto de 1849.

Mi querido Conde : Estoy aún en Dresde, donde permaneceré mientras el cólera continúe sus estragos en Berlín.

Recibí anteayer vuestra carta con las noticias que contiene relativas á la crisis ministerial. Me parece que preveo ya el resultado, aunque nada haya de cierto todavía.

Si Mon y Pidal salen—del primero no soy amigo,—podéis estar seguro que su salida equivale á una derrota. El partido dominante se dividirá por completo y nadie podrá prever cómo irán las cosas ni quién mandará. Vos, querido Conde, que estáis dotado de tan eminentes cualidades, sabéis que en el fondo, y á pesar de las apariencias, él <sup>1</sup> no es hombre de principios. Nadie puede decir si nos salvará ó nos perderá ; pero puedo afirmar que es igualmente capaz de salvarnos y de perdernos, y cuando dos eventualidades tienen igual probabilidad, el diablo hace siempre que el éxito sea funesto.

Creed en lo que os he dicho respecto de cierta persona : ¡cosa singular! Esta persona es lo que siempre ha sido y lo que siempre será : un intrigante disfrazado ; pero con esto se tiene lo que sobra para triunfar, cuando se quiere, en España y en el mundo.

Ya conocéis las últimas noticias de Hungría ; me parece que esta vez todo ha concluido ; ya era tiempo. El otoño se aproxima, y, una vez llegado, la solución será definitiva.

Si lord Palmerston llegara á mezclarse en este asunto, todo se perdería ; parece que Lamoricière ha hablado ya de transacción. El emperador Nicolás es un gran Monarca ; ha visto

<sup>1</sup> Reférese al general Narváez.

claro en esta situación, é inmediatamente ha obrado sin vacilar y sin doblegarse; pero este éxito oculta aún un misterio, y me figuro, por mi parte, que Gorgei ha sido comprado. Esto prueba, por otra parte, la resolución que el Emperador ha tomado, desde el principio, de concluir pronto y de cualquier modo.

Cuando concluya la campaña de Hungría, y no quiero decir que acabe con los húngaros, sino sólo que se les venza materialmente, entonces comenzará la guerra en Alemania. No quedará á Rusia más remedio que intervenir entre Austria y Prusia, cuyas relaciones, por desgracia, se agrían más y más cada día. Los dos Gabinetes están ciegos. De nada les sirve el ejemplo de Carlos Alberto, y, sin embargo, un rey ambicioso es un rey destinado á perder su corona; la Revolución entonces se convierte en su heredera, siendo á ella á quien los príncipes deberían empeñarse en combatir para conservar lo que poseen.

Por de pronto, vamos á asistir á un espectáculo grande y conmovedor: veremos la Revolución materialmente vencida en todas partes: en Nápoles, en Milán, en Florencia, en Roma, en París, en el Palatinado, en el Gran Ducado de Baden, en Hungría, y la veremos después de su derrota triunfar á su vez de los vencedores. Esto sucederá inevitablemente.

Cuando un enfermo respira veneno, cerca está de morir. El mal que sufrimos es enteramente moral : está en las almas; consiste en haberse relajado la idea del deber, en haberse desencadenado los malos instintos y las malas pasiones. Inútil es todo esfuerzo cuando no se remedia este mal; cerrada que sea una llaga se abrirán otras mil, y por todas estas aberturas se irá la vida. La esperanza fundada en el peligro que corren los intereses no es otra cosa que ilusión funesta; colocarse en este punto de vista es caminar á la ruina, porque es olvidar que la inmensa mayoría del género humano es pobre y desheredada. Creo, pues, que la sociedad está destinada á perecer de una manera cierta, porque veo que nadie atiende sino á ese aspecto de la cuestión.

DRESE, 23 de Agosto de 1849.

Acabo de recibir vuestra carta del 13, al mismo tiempo que otra escrita el 14 por un amigo íntimo de Mon y de Pidal. Según ella, su retirada es probable. Se ha ofrecido á Mon la legación de Viena, que no ha aceptado. Creo que cae en excelente actitud, es decir, que no podrá tardar en volver triunfalmente. Sartorius pasará al ministerio de Estado, y Quinto entrará en el Gabinete.

Puedo referiros cómo ha nacido en Narváez el designio de dirigir él mismo la reforma de los asuntos del Estado. Este proyecto es antiguo, y no lo ha concebido él sólo. Cuando el verano último se resolvió á llamar á Orlando y á Mon, Narváez quiso consultar sobre la situación del Estado á uno de mis amigos, muy capaz de dar su opinión en la materia. Este amigo, queriendo lisonjearle, le dijo: "¿Por qué no ha de ser usted ministro de Estado? Hace falta un hombre de gran resolución y de gran autoridad que ponga fin á los abusos, y Ud. posee ambas cualidades." Narváez permaneció inmóvil, como si le hubiera súbitamente asaltado un nuevo pensamiento; pero la crisis era grande, urgía darle solución, y él no se atrevió á acometer por sí mismo la empresa. Llamó á Mon; pero aquella idea permaneció grabada en su mente. Esta misma idea se ha ido desenvolviendo insensiblemente, y parece que ha llegado ya á madurar. Tiene Narváez el instinto que mueve á cosas grandes; le agradaría ser tan gran gobernante como es gran guerrero. Mas á Narváez le perderán sus malas compañías; si con su voluntad de hierro y sus trascendentales talentos se pusiese á la cabeza del Gobierno con el decidido propósito de

rodearse de un corto número de hombres honrados, á la vez que aptos para los asuntos de España, pudiera decirse sin presunción que salvaría el Estado para bien de la Nación y para su propia gloria. Pero si Narváez continúa por su desdicha asociándose á los... y á otros parásitos semejantes, se perderá, y perderá el país. Convencido hasta la evidencia de que esta será su conducta, desde luego afirmo que estamos perdidos.

Siempre he abrigado esta convicción. Nunca me he dejado engañar por las apariencias de tranquilidad y de calma en España. Una nación corrompida hasta la medula de los huesos, así abajo como arriba, debe fatalmente sucumbir el día menos pensado de una manera ó de otra. Se cree generalmente que el socialismo no ha penetrado en España: error, error profundo. El día en que sean rotos los diques, veréis aquí más socialistas que en París, y me preguntaréis con espanto de dónde han salido esos monstruos. Yo no sabré decirlo. En España toda novedad es admitida al instante, y todo lo que penetra en España, luego al punto llega á los últimos límites de la exageración. El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo: exageramos los vicios y las virtudes, las cosas grandes y las pequeñas; hemos exagerado la perseverancia hasta luchar siete siglos contra los árabes; hemos exagerado el odio de razas hasta exterminar los judíos; hemos exagerado el sentimiento religioso hasta inventar la Inquisición; sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageraremos ciertamente. Entonces veréis lo que son los españoles, enamorados de una idea buena ó mala.

DRESDE, 25 de Agosto de 1849.

Acabo de recibir una carta del íntimo amigo de Mon y de Pidal: la crisis ha terminado: Mon sale, Pidal queda; Santillán reemplaza á Mon. Sin duda Narváez no se habrá atrevido á realizar el proyecto de que os he hablado. Santillán carece de talento, pero es hombre de bien.

Oid ahora una noticia grave: Prusia anda en negociaciones con el Vicario del Imperio, porque se ha convenido en que aquél abdique y en que el poder provisional pase á manos de cuatro comisarios, dos de ellos designados por Austria, y los otros dos por Prusia. Estas dos potencias se concertarán inmediatamente respecto á la organización definitiva del poder central. Es un cambio absoluto de sistema que debemos, sin duda, á la gravedad de los asuntos de Hungría. Si Austria y Prusia llegan á entenderse, todo se podrá aún conjurar. Esta noticia me ha sido dada por el ministro de Francia; él la tenía del ministro de Estado, á quien no veo, porque guardo aquí el más riguroso incógnito. Os agradezco un millón de veces, mi querido Conde, la bondad que tenéis de escribirme todo aquello que creéis debe tener para mí verdadero interés.

---

DRESDE, 17 de Septiembre de 1849.

.....  
Tenéis razón en lo que decís: la vida de Narváez está, por desgracia, amenazada. Temo una pronta catástrofe. Vos sabéis que entre Narváez y yo no puede existir ni amistad ni simpatía; por nuestros caracteres, por nuestros gustos, por nuestra manera de ver y apreciar todas las cosas, somos dos polos opuestos. Pero soy justo é imparcial: Narváez es la columna que sostiene el edificio; el día que la columna caiga, el edificio entero se desplomará. Por esta causa he prestado á Narváez en todas las circunstancias un concurso sincero y desinteresado.

.....

---

PARÍS, 12 de Febrero de 1849.

Mi querido Conde: Todo el mundo espera ver con impaciencia el punto adonde va á parar esta situación indefinible: la reunión de la Cámara legislativa, que será sin duda alguna reaccionaria. Todos los partidos se forjan ilusiones, como cuando esperaban sucesivamente una solución, primero, de esta Asamblea decrépita; después, de la Comisión ejecutiva; más tarde, de la dictadura de Cavaignac; y, en último

término, del nombramiento de Presidente. Puede decirse de la *solución*, lo que Beránger dijo de la dicha: "Todos la ven venir, y nunca llega; todos corren tras ella, y ninguno la alcanza."

La solución, si viene, vendrá de la insurrección, y la primera solución será el Imperio. El día en que el Presidente triunfe de una insurrección formidable, se hará proclamar Emperador en medio de aplausos frenéticos. No sé si Luis Napoleón tiene talento; no sé si tiene carácter; pero sé que es fatalista como un turco. Cree en el destino. Tiene la convicción vehemente y la persuasión íntima de que está destinado á ser Emperador de los franceses. Jamás ha desechado ni un solo momento esta idea; es el único pensamiento que le absorbe, y el hecho de haber sido elegido Presidente ha contribuido no poco, como comprenderéis bien, á confirmarle en esta superstición musulmana. Sus palabras, de las que es bastante avaro, y su mismo silencio, que es calculado, tienden exclusivamente á este solo fin: á ser proclamado Emperador por los imperialistas, y á ser aceptado por todos los enemigos de la República. No quiere absolutamente ser Presidente de una República. Este pensamiento le guía constantemente. Estoy muy inclinado á creer que, si adquiriese la certeza de no poder ser otra cosa, renunciaría al poder. La fuerza de su voluntad en este punto es tal, que ha roto con todos sus parientes. Los que estaban estrechamente unidos á la República roja, le han ofrecido el apoyo de la Montaña á condición de que se deshaga de su Ministerio moderado. La Montaña, por su parte, cuidaba de separar su propia causa de la del Presidente. Todos estos esfuerzos han sido vanos; él conserva sus Ministros por la sola razón de no querer ellos la República.

El 29 del mes último, cuando se creía inminente la insurrección, pareció él más radiante que de costumbre; él mismo fué quien empujó á sus Ministros, por el camino del rigor; él quien aconsejó que se emplease la fuerza.

Cuando la Cámara tomó en consideración la información sobre la conducta de los Ministros, éstos se turbaron y trataron

de retirarse; mas él les indujo á resistir y permanecer en sus puestos. Toda su asignación la emplea en actos de beneficencia y en socorrer á los proletarios; me han afirmado igualmente que la correspondencia de sus agentes secretos con los distritos rurales es más activa que nunca.

Estad seguro que lo dispone todo para ser proclamado Emperador el día que hubiese una insurrección armada. Todos los Generales le hacen la corte y le rodean, recogiendo con avidez cualquier palabra que deja salir de sus labios.

El partido moderado, que se compone de legitimistas y orleanistas, se resigna con el Imperio para verse libre de la República, y aplaza para tiempo más lejano pensar en sus intereses.

La Cámara futura será en gran mayoría reaccionaria. Sin embargo, poco será lo que acometa, porque sus jefes Thiers, Barrot, Molé, etc., serán los primeros en calmar sus ímpetus y en resignarse con la forma republicana con tal que el poder continúe en sus manos. Mi convicción más íntima es que los jefes del partido moderado son escépticos; todas las formas de gobierno les son indiferentes, y sólo aspiran al poder. Si yo no tuviera confianza en Luis Bonaparte y no le creyera capaz de dar en tiempo oportuno el golpe decisivo, creería que el conato á la reacción se disiparía ante la fuerza de inercia, y que las muchedumbres habrían de verse obligadas á pasar por la República. En él unicamente confío y en la insurrección que habrá de provocarle <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Con razón admira en esta carta el señor conde Adhémaro d'Antioche la exactitud y seguridad con que afirmaba nuestro Donoso el advenimiento del segundo Imperio napoleónico, cuando apenas parecía posible á los mayores hombres de Estado de Europa. Es célebre la frase proferida en Berlín en Julio de 1849, es decir, meses después de la predicción de Valdegamas, por el general de Lamoricière: "*L'Empire c'est un canard!*" (NOTA DE ESTA EDICIÓN)

BERLÍN, 1.º de Marzo de 1849.

Mi querido Conde: He llegado aquí felizmente el 22 de Febrero, precisamente cuando M. de Bulow dejaba el Ministerio y le reemplazaba el conde de Arním. Este incidente me ha impedido presentar mis credenciales al Rey. Ha sobrevenido un segundo obstáculo: la apertura de las Cámaras; después otro, el luto por el príncipe Waldemaro, cuya prematura muerte ha sumido en la desolación á la familia Real y á la Corte entera. Como no me parece conveniente visitarlos á todos antes de haber visto al Rey, no he hecho todavía uso de las cartas de recomendación que tuvisteis la bondad de darme. Sin embargo, he entregado las que me disteis para M. Peters y para el ministro de Suecia. Uno y otro me han recibido con la mayor afabilidad, prodigándome la seguridad de su vivo deseo de complacerme. Os agradezco mucho que me hayáis recomendado á sujetos tan bondadosos. Luego que haya sido recibido por el Rey, haré que las otras cartas lleguen á su destino.

El doctor Peters me ha enviado de vuestra parte la magnífica obra que habéis escrito sobre *El Arte moderno en Alemania*. Aunque no merezco tal presente, pues soy extraño en tal materia, conservaré siempre y leeré atentamente vuestra obra, para aprender en ella y traer á la memoria á su autor, cuyo recuerdo tengo siempre presente.

He recibido hace dos días la carta que tuvisteis la bondad de escribirme desde Madrid, el 17 de Febrero, respondiendo á la que os dirigí desde París. Mis informes confirman plenamente los que contenía mi última carta; en Francia los jefes del partido moderado, atentos sólo á su afán por gobernar y

aun por intrigar á su modo, se esfuerzan á hacer vivir la República, tan odiada de Francia y de su Presidente. Así se explica, en mi sentir, la actual situación y todo lo que pasa. Espero, sin embargo, que la victoria no se decidirá por estos hombres, todos ellos escépticos y egoístas; gobiernan, y esto les basta para creer que viven bajo un régimen mejor que el cual no se concibe ningún otro.

Pero vamos á los asuntos de Alemania, y más especialmente á lo que concierne á Prusia. No os llame la atención que hable yo con desconfianza de mí mismo; es éste un país nuevo para mí; hace algunos días solamente que me encuentro en él, y no he visto aún sino á corto número de personas. ¿No son éstos motivos suficientes para obligarme á ser tímido y reservado en mis apreciaciones? Os diré, sin embargo, con mi franqueza habitual, todo lo que pienso.

Nos hallamos ante dos cuestiones importantes: la de los asuntos interiores de Prusia, y la que se refiere á Francfort; la solución de ambas depende únicamente del rey de Prusia. Por lo que toca á la cuestión prusiana propiamente dicha, he aquí cómo pueden descomponerse y definirse los dos partidos que dividen la nación: desde luego los demagogos, entre los cuales hay muchos estudiantes ricos, gran número de polacos, la juventud de las universidades engañada por los sofismas de la filosofía alemana, y, finalmente, los proletarios que se niegan á admitir la existencia de Dios para no reconocer la autoridad del Rey. Frente á éstos, el partido monárquico, que cuenta con toda la aristocracia, no corrompida como otras; la gran masa de la población, siempre amiga del orden, y, por último, el Ejército, que es el más disciplinado y brillante de Europa. En el seno del Gobierno están resueltamente con el partido monárquico la alta Cámara toda entera, y más de la mitad de los miembros de la segunda Cámara; pero no hay que fabricar ilusiones: el partido democrático acabará por dominar á los realistas en la Cámara de Diputados si el Gobierno no lo remedia. La mayoría monárquica es demasiado débil para

rechazar los ataques y violencias de una minoría facciosa y turbulenta. Sólo el Gobierno podría sostener y alentar á los realistas en la lucha; sin su apoyo, estos últimos están perdidos; prueba de esto es el fraccionamiento probable de esta mayoría, que se compone, según la opinión general, de personas dignas sin duda, pero sin opiniones fijas; los grupos de la minoría trabajan por atraérsela, porque el Ministerio no ha sabido asegurar su fidelidad. Si consiguen su fin, que lo temo mucho, la Rusia está perdida, porque, en materia de revolución, nada iguala á la inexperiencia de su Gobierno, y nada se paga tan caro, en tiempos de revolución, como la falta de experiencia.

Por otra parte, la Constitución dada por el Rey es causa de graves complicaciones. En el deseo de mostrarse generoso hasta con los ingratos, les ha concedido franquicias y privilegios que son otras tantas armas contra el Trono. No lo dudéis; con la Constitución vigente es imposible gobernar; tal es el convencimiento de la mayoría de la alta Cámara. Esta procurará desde luego modificar la Constitución; pero encontrará una resistencia furiosa á sus intentos entre los diputados si, como me temo, los demagogos dominan en el seno de esta Asamblea; y dado que es legalmente necesario el concurso de las dos Cámaras para modificar una ley, ninguna reforma se introducirá en su Constitución. La situación que resultará respectivamente para las dos Cámaras, será de las más extrañas. La primera por haber querido modificar la Constitución, será tenida por más realista que el Rey; la segunda, por el contrario, aunque hostil al Rey, será considerada como su defensora. Vos comprenderéis, sin que yo tenga necesidad de insistir en él, la gravedad de este inevitable equívoco. No hay, pues, más que un solo remedio: persuadir al Rey de que su generosidad le engaña, y de que, si quiere salvar la Monarquía, es preciso retroceder; pero ¿hallará consejeros tan francos, adictos y leales que se lo digan? ¿Será posible persuadir al Rey y vencer sus escrúpulos? Lo ignoro; pero al menos sé lo que ocurrirá si no se obtiene este resultado.

En cuanto á las insurrecciones, no estallarán inmediatamente; y si estallasen, no podrían menos de ser deshechas, porque el espíritu del Ejército está intacto, y el Gobierno decidido á emplear la fuerza contra todo levantamiento. Pero la anarquía moral, la anarquía de las ideas irá creciendo, y se desenvolverá por obra de la propaganda revolucionaria hasta el día fatal de su triunfo.

En Francfort, la Asamblea, para favorecer sus intentos liberales, quiere la unidad á toda costa. Su Emperador es el rey de Prusia; su idea es reducir la Monarquía á una sola cabeza para poderla cortar más fácilmente cuanto antes. Esta catástrofe sólo se prevendría si el Rey se negase á recibir la corona imperial que le ofrezca la democracia. Si toma esta resolución, si busca la alianza de Austria y de los otros Estados de la Confederación, salvará á Alemania y al mundo. Pero si sucumbe á la tentación, antes de dos años no habrá Monarquía en Alemania, ni acaso en el mundo entero.

Creeréis, sin duda, que mis pronósticos son tristes y desconsoladores, pero no puedo remediarlo; mi deber es hablar con entera franqueza. Os ruego que hagáis lo mismo conmigo cuando ocurra algo importante en España. Teníais mil veces razón al escribirme: "La opinión pública no existe, excepto en algunas raras ocasiones. El hombre de Estado debe tener por guía invariable y constante los principios eternos del derecho y de la justicia, y no las impresiones caprichosas y movibles de la multitud; desgraciados los que gobiernan de otro modo; preparan grandes catástrofes para los pueblos, y para ellos mismos terribles y tardíos remordimientos,"<sup>1</sup>

Adiós, querido Conde; ya sabéis cuánta es la sinceridad con que os ama y estima vuestro afectísimo amigo.

EL M. DE VALDEGAMAS.

<sup>1</sup> Permítame el lector que le invite á leer segunda y tercera vez estas admirables líneas, en las que se halla formulada la más clara sentencia condenatoria de la política liberal.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)